



Revista Veintitrés

Edición 356, 28 de abril de 2005

Columna nota de tapa **Secretos, mentiras & dinero**

¿Cuál es la pregunta más privada que se le puede plantear a una persona? ¿Edad? ¿Preferencias sexuales? ¿Infidelidad? Frío, frío... Piensen, ¿cuál es el dato laboral más íntimo, que preservamos de colegas, empleados, contadores, cónyuges (y sobre todo, ex – cónyuges)? ¿Qué tema además de la religión, el fútbol y la política, es conveniente evitar en una cena social? (y cuyo silencio es tan consesuada, que ni hace falta prohibirlo en los manuales de buenas maneras). ¿Cuál es el documento público menos publicado por las sociedades comerciales y las reparticiones gubernamentales? ¿Qué dato escatiman unánimemente en sus declaraciones juradas funcionarios de las más diversas extracciones políticas? ¿Cuál era el secreto mejor guardado de los antiguos funcionarios menemistas? (Sí, eso que confesó María Julia, para escándalo público, porque nosotros ni nos imaginábamos). ¿Sobre qué tema no se le puede preguntar a un miembro de la Iglesia sin tener que recurrir al incómodo eufemismo de los bienes temporales? ¿Cuál es la pregunta que pone más incómodos a los K? ¿Qué respuesta esquivan por igual Susana Giménez y Elisa Carrió? ¿La dieta? ¿Los años? ¿Los amantes? No, hay algo más comprometedor, vergonzante, ocultable.

Toda frase que contenga el signo pesos goza de la curiosa unanimidad del disimulo culposo, escudado en la batería de excusas de rigor: “Después de los impuestos, no me queda nada”; “La empresa viene registrando varios años de pérdidas cuantiosas”; “Le estamos dando trabajo a muchas familias”; “Vos sabés que le tengo que pasar más de la mitad a mi ex”; “No te imaginás los gastos que tenemos”; “Tendrías que preguntarle a mi contador”. Y si ante la evidencia material, estas justificaciones no alcanzan, puede recurrirse a “Me salió baratísimo”, “No sabés el descuento que me hicieron”, “Es de ocasión”, “Lo heredé de una tía abuela”, “Conseguimos un albañil que lo hace por nada”; “Los compré en liquidación por menos de la mitad”. Es que la ostentación es sólo prerrogativa de los nuevos ricos (y carnada de tontos para la AFIP).

Si nuestra economía doméstica es marginal y oscura, es difícil imaginar una economía pública diáfana y transparente. Sobre todo, porque no nos preocupa, a juzgar por la aceptación complaciente de decisiones económicas presentadas con nombres de apariencia técnica tranquilizadora. Sin demasiadas explicaciones, vimos pasar sin enterarnos demasiado el Plan de Valores Nacionales Ajustables, el Plan Austral, la Ley de Convertibilidad, el Megacanje, el Blindaje, la Pesificación asimétrica, la Refinanciación parcial de la deuda. Y seguimos consintiendo, indiferentes, decretos secretos y gastos reservados (¿se llamarán así por lo discretos?). Si de gaita se trata, dale, mentime, que me gusta. O mejor, no me cuentes. Prefiero no saberlo.

| Adriana Amado Suárez